

RECUERDOS DEL AÑO 1899



¡POBRE REPATRIADO!

He asistido; le he visto; he querido verlo de cerca; he conseguido palparlo; he sido partícipe de ese inmenso acto, grande, conmovedor; precisamente más grandioso porque nadie somos los que á tan solemne momento hemos asistido; momento que contiene tanta elocuencia porque nos hemos reunido únicamente impulsados por un sentimiento, por un recuerdo, por atractivos que nacen del corazón, por un mismo dolor que enlaza á los hombres y los hace hermanos, sin distinción de clases ni egoismos infames, efectos directos del exclusivismo de los pudientes, que desprecian al necesitado arrojándole al suelo un mendrugo de pan que les sobra y no lo quieren.

Así como el artista que trabaja ante el natural traslada al lienzo todo lo que la visual acusa, por nimio que parezca el detalle, así mismo también en la descripción de un asunto ha de decirse cuanto el corazón dicta, pues muchísimas veces ocurre que el motivo principal de un cuadro, de una leyenda, de una partitura, etc., no está en el conjunto general de la producción, sino en un punto á primera vista quizá imperceptible, pero que seguramente depende de una pincelada, de una nota.

Entre el caserío Churko y la casa solariega Polloe se extiende la necrópolis en donde miles de donostiarras duermen en paz el sueño de la muerte.

Allí mismo, á un lado de su entrada, hay un local que es depósito, no tan bien establecido como debía, aunque dicen que se halla en días de una completa reforma.

Sobre un camastro descansa inclinado un féretro, allí ha pasado la noche; á su lado yace una cajita blanca que encierra el cuerpecito de una criatura de pocos meses; es el ángel que ha custodiado, es la cajita blanca que ha velado á la caja negra, es el párvulo que ha hecho guardia de honor al adulto, al héroe, al cadáver de un repatriado.

En manos de dos hombres ha sido colocado el féretro negro en un carro: uno tira y el otro empuja, y detrás del muerto y de los vivos va el capellán encomendando aquella alma á Dios.

Al verlo, no sé qué siento; llanto y risa, lástima y odio, todo se confunde en estrecho abrazo y el misticismo más espiritual se mezcla con el más indiferente y frío escepticismo.

«Y en mi agitado interior,
Con lucha terrible y muda,
Combaten la fe y la duda,
La esperanza y el temor.»

Hemos atravesado calles de enterramientos, estamos en el lugar destinado.

El capellán ordena que se espere.

—Quizá algunos señores quieran rendir tributo al héroe presenciando la inhumación.

—Cá, no, *señores*, no; son otros repatriados vivos que desean ver por última vez á su compañero...!

El capellán reza la oración de difuntos; los enterradores hablan bajito para no interrumpir al cura.

Allí faltan dos figuras, dos personalidades que ignoran todavía el triste desenlace del hijo. Yo descubro á la madre del repatriado que atribulada abraza la caja en donde se encierra el pedazo de su corazón: veo al padre del chico que con el alma destrozada vierte su llanto en el nicho donde va á ser depositado aquél á quien tanto acarició en la cuna y abrazó el día de la partida....!!

—Allí vienen—exclama el enterrador—apuntando á otras figuras que avanzan.

—Efectivamente, ellos son, el rostro les delata; descoloridos, anémicos, los dos traen pantalón de rayadillo, botas de cuero gualdo, parecen hermanos por el tono de la tez, por el parecido físico, pero son más que hermanos porque en los dos hay cantidad desinteresada de amor sin más vínculos que los que nacen del pecho. Sienten el dolor y esto engrandece al alma del hombre.

—Buenos días!

—Felices—contestaron á la vez á los dos repatriados.

—Hemos tardado porque no hemos podido correr.... en fin.... agradecemos si han esperado ustedes.

—Querrán ver por última vez al amigo—dijo el capellán.

í
 !!

Todo se acabó; el muerto al hoyo; el héroe ha sido entregado á la tierra.

Los enterradores han dado fin á su trabajo.

Los amigos repatriados continúan inmóviles, parecen figuras escultóricas que están dispuestas para ser elevadas á sus ménsulas; así son, figuras de inapreciable valor que produce ese desgraciado y desatendido pueblo que sin esperar jamás nada y sin miras ni aspiraciones de lucro, participa de las desdichas ajenas, nunca de las ventajas, á pesar de que por su patria ha dado todo lo que tiene, ¡la vida!

El rico no da más que su capital al tanto por ciento; pero no divaguemos, no profanemos estos renglones.

El capellán ha rezado el responso; los dos repatriados se han puesto en movimiento, parecen como despertados de un sueño. El uno calla, el otro quiere decir algo, no sabe á quién dirigirse.

—Habeis hecho la obra más grande que en este mundo puede hacerse—les dice uno de los presentes—porque no habeis representado á ningún cuerpo en este solemne acto: no habeis venido aquí mediante ningún parte oficial, ni en nombre de nadie, ni siquiera en el de esa madrastra que llamamos patria.

—Esa madrastra—contesta uno de los repatriados—no nos ha dado nada, ni el sustento; en cambio nos ha brindado con las profundidades de los mares y hoy nuevamente nos ofrece un féretro y un hoyo en sus cementerios !!

Los repatriados, después de haber dirigido una mirada piadosa á la tumba del amigo, se despiden; el capellán, con el hisopo en la mano, toma camino de la capilla, los enterradores dejan todo acabado y se van, y yo me quedo solo,

En la soledad en que me he quedado, parece que el peso enorme de un monte de granito se ha posado sobre mi débil pensamiento y aplasta y tortura mi espíritu sin lucha, como aplasta el gigante al pigmeo.

El sentimiento cristiano habrá triunfado en el cielo, ya que en la tierra sufrió dominado por el indiferentismo materialista, que ensalza á los ricos y mata á los pobres.

FRANCISCO LÓPEZ ALÉN.

